

Signos de admiración:

Rafael Dieste y la Escuela Popular de Sabiduría (I)

Mi conocimiento y admiración literarios de Rafael Dieste datan de los lejanos, entusiastas años juveniles. Sería, quizá, hacia 1933 ó 1934, y a los poemas de "Rojo farol amante", todavía incomprendiblemente no reeditados, según mis noticias, se unió la lectura de sus piezas teatrales, que tampoco han tenido la justiciera suerte de la reimpression y representación.

Después, me correspondió la fortuna amistosa de personales encuentros, en Madrid y en La Coruña, de redescubrir las magníficas "Historias e invenciones de Félix Muriel", de escucharle en la sala Sargadelos, memorable, enjundiosa conferencia, de que las ponderaciones ilustrativas de sus allegados completaran mi noción de su genio y figura: resonancia de atisbos, pláticas y textos a cargo de Luis Seoane y Lorenzo Varela, memoria de difuntos que renacen en el reciente libro (Ediciós do Castro) que alberga la poesía del segundo y dibujos y grabados del primero; trasuntos y fervores de Francisco Pillado, Carlos Gurméndez, Javier Alfaya, Emilio Merino, Juan Soto y su entorno lucense, recuerdo de Alfredo Deaño.

Por sus notables dotes y cabal discreción, Rafael Dieste se permite los arriesgados lujos de ser independiente, de ejercer el bilingüismo, de haber rehuido la adscripción beata a los grupúsculos de variado plumaje, de no residir en la capital de las Españas, en su acepción cortesana, que su médula y acento de pueblo sí le importan, de hacer compatible calificada y sólida cultura con llano comportamiento en el mundo de cada día, de rechazar galas y fanfarrias y cobijarse en melodiosa y entrañable lírica, rimada la visión matemática y en trance siempre de armonizar aqul-latados ratiocinios y excelentes emociones.

En él y merced a los que parejan virtudes poseen, resulta evidente que desaprovechamos una cauda de energías mentales y una serie de valores indicativos y reflexivos, de los que no cabe prescindir sin que el sonrojo nos solivianta.

Mientras, jornada a destajo de los plañideros de nuestra mustia, oropelesca, desangelada y renqueante vida cultural. Coinciden los especialistas en balances al admitir —y no son aducibles ya trabas ni tabas de censura— el raquitismo de nuestra narrativa, la fatiga, sofisticidad o des-templanza del ensayo, el escaso vigor y la penuria fantaseadora de nuestra poesía: atendido el



conclave al mandato de los semáforos, por doquier tan rutinariamente municipal.

Además, los avisados y perceptivos concuerdan en que, raras excepciones aparte, la Universidad española sufre una declinación creciente y, por las trazas, irreversible. Afirmar que se halla al margen de las nuevas humanidades, se cuarteja en la formación profesional y no realiza las tareas de investigación científica que le incumben.

Agréguese que la sociedad franco-consumista (alicuotamente, atavismo y herencia) a la que "pertenece" no muestra, en misión de colectividad ni desde el particularismo de los individuos que la componen, una aptencia espontánea de educación y discernimiento, de índole artística, que determinase, de las bases a las cúspides, las entidades capaces de cumplir esos anhelos y de fomentar un afán existencial de cultura.

Y ante esta situación todavía no se han propuesto en público las diversas iniciativas que, convergentemente, remedien tales miserias. Hemos hablado, a veces de manera referencial, de esta necesidad con los que sienten la misma inquietud: entre ellos, Juan Cueto. Se trataría de crear el clima que propiciase, sin condicionamientos oficiales de ninguna especie ni tuteladas privadas ni banderizas, una moderna Escuela Popular de Sabiduría y que estableciese, bajo la dirección y orientación iniciales de Rafael Dieste (de manera rotatoria le seguirían personalidades de sus talentos, talla y sensibilidad), el puente que uniera, por "libre", la "cultura de masas", que Manuel Villegas reconsidera y amplía por estas fechas, en un haz de ideas, con grados institucionales intermedios, de funcionamiento no hipotecado, que generasen la vivificación cultural que los más excéntricos agentes estorban e impiden. ■

van fondos para proyectos educativos en televisión. Las empresas de publicidad fomentan el consumo y se alían con la CIA para hacer anticomunismo publicitario. Los asesores de la Casa Blanca —sin olvidar, por supuesto, otros centros imperialistas como París y Bonn— son ejecutivos de las corporaciones. La trama del poder es densa y compleja, y va desde los cuerpos de paz hasta los sistemas de satélites, pasando por la venta de telefilms, la elaboración de programas alienantes para niños —como *Abrete, sésamo*—, el control de las cadenas periodísticas y la formación de intelectuales para servicio del capital.

Mattelart arranca, para develar esta relación Estados-corporaciones, de un interrogante: "¿Qué tipo de aparato ideológico acompaña el fenómeno de la multinacionalización?". Lo que resulta como respuesta al final de la investigación es una siniestra paradoja: la supuesta cultura de masas es en realidad cultura para las masas elaborada por una élite en el poder. La tendencia es, estratégicamente, lograr la homogenización del pensamiento con una aceptación natural de la dominación. Sin embargo, Mattelart demuestra que aun dentro de ese modelo de sociedad mundial que tanto recuerda a 1984, de Orwell, la sofisticación tecnológica permite recuperar y hasta conservar ciertas peculiaridades nacionales. De esa forma, la dominación queda encubierta, y el control social, mucho mejor asegurado.

Libro fundamental para comprender la estructura del poder imperialista es una herramienta de trabajo necesaria a la hora de elaborar cualquier tipo de estrategia política en el campo de la comunicación de masas. ■
MARIANO AGUIRRE.

CINE

"Manhattan"

Desde "Toma el dinero y corre", su primera película, Woody Allen no ha interrumpido la progresión de una carrera cinema-

Como si quisiera confirmar aquello de que las ideas dominantes de una época son las de su clase dominante, la burguesía mundial, y en especial la de los centros imperialistas, no está dejando nada al azar: investiga, produce mensajes, se alía, utiliza

la sofisticación tecnológica, recupera mensajes y renueva continuamente los canales de comunicación.

Mattelart rastrea la forma del conglomerado tecnológico-estatal puesto al servicio de la reproducción ideológica. La ración

del sistema es impuesta por múltiples canales y penetra en casi todos los resquicios de la sociedad. Las transnacionales que fabrican napalm, aviones y armas para Gobiernos pro-imperialistas y equipos de radar para el Pentágono, también deri-

Cultura a la contra

Genios, demonios y máscaras

Un tal H. P. Lovecraft inventó a un árabe que habla escrito un libro: el "Necronomicón", compendio de fórmulas y evocaciones de la goecia. El libro, existente tan sólo en la mente de Lovecraft y en la de sus lectores, es, sin embargo, uno de los más buscados por las librerías ocultistas del mundo entero; se han creado cultos satánicos en torno a él. Y es que la nada, en esto de la magia y en casi todo lo demás, parece ser lo más efectivo, o, al menos, lo más atrayente. Los que alguna vez hemos querido ser magos o poetas, que es algo parecido, hemos sido auténticos buscadores de nada; o de nadertas, por lo menos.

Tan fuerte es el genio de Lovecraft, tan persuasiva su ficción, que incluso ahora se ha abierto en Madrid un bar que lleva precisamente el nombre del libro que escribió el Arabe Loco: "Necronomicón". Un bar que, aun sin tener nada de terrorífico, está habitado evidentemente por demonios: demonios músicos, grupos de nuevo rock, animadores infernales de la noche con sus ritmos y sus ritos: nombres que ya han sonado, como Drugos, Fantoms y otros conjuntos, dispuestos a convertir en electricidad la noche de Madrid. Necronomicón se ha convertido en refugio de máscaras y demonios, de los que huyen de la incomodidad de las aceras y del tedio de los bares de moda, de los que buscan —casi con desesperación, porque es difícil— escuchar música en vivo. Parece que volvemos a empezar a divertirnos, a pesar de la crisis de energía. Parece que el barrio que ronda la zona de Malasaña, el viejo barrio de Maravillas de Rosa Chacel, sigue siendo centro de juegos nocturnos, de diversiones no pecaminosas —por ahora y mientras no se decida que el rock también es una máscara del pecado—, pero tampoco inocentes. Y eso a pesar de las bombas que tiran los fanfarrones, afincados por cierto muy cerca de allí. Allí comienza el reino de la nueva ola, el jugueteo de la lentejuela y del plástico mezclados con encajes. Allí empieza el lugar encantado donde ya no hay jipis, pero que siguen frecuentando —ahora más que antes— hadas y trasgos y otros seres que moran en la noche.

Es bueno y conveniente que haya locales nuevos donde se pueda escuchar música. Ya había algunos —La Aurora, Ralces...—, y ahora viene a sumarse a la lista Necronomicón. De ahí, precisamente, es de donde puede salir un movimiento de rock interesante, y no de algunos garajes de barriada, donde los grupos ensayan desconectados entre sí; se hace una música más directa y los músicos pueden establecer un contacto directo entre sí y con el público, que forma —siempre lo forma, pero en este caso de una manera más acusada por la proximidad física— parte integrante y muy importante del espectáculo. Y el rock es poesía y comunicación, efecto de "feed back" entre quien lo emite y quien lo recibe, que se alimentan mutuamente, pasándose sonidos y, a veces, emociones. El rock es invención constante de un sonido, como antes lo era el jazz, planteamiento diverso y múltiple de unas nuevas relaciones entre la gente. No sé si será o no la música del futuro; desde luego, es la del presente. Y en esa década puede pasar de todo; o lo mismo de siempre, vamos. ■ EDUARDO HARO IBARS.

tográfica donde cada nueva obra ofrece un panorama más pulido, más estricto, más amargo sobre nuestro tiempo. Como todos los grandes payasos —Chaplin, Keaton, los Marx—, Woody Allen desprende la risa de una frustración, y como todos los grandes cineastas, esa frustración viene analizada con un rigor aplastante. Podía parecer exagerado aplicar estos términos a un hombre que, como Woody Allen, realiza su trabajo con la impronta de la intuición, del estímulo inmediato. Sin embargo, admirando "Manhattan" se descubre que cuanto sucede en la película responde a una férrea estructura narrativa y a un loguísimo análisis. Nada hay gratuito, aunque la perspectiva del esperpento pudiera hacer parecer lo contrario. "Manhattan" es el

teriores. En "Manhattan", él también interviene con los podridos mecanismos de los demás. No hay esperanzas. Como puede no haberlas tampoco en el cine de Bergman (al que Allen admira tanto), pero sin los términos metafísicos del director sueco. Woody Allen ha llegado a las mismas conclusiones a través de lo cotidiano y ahí estriba precisamente su ferocidad. Ya no hay posibilidad de alejarse de su cine con la risa de un chiste. "Manhattan" es aún más amarga que "Annie Hall" y no duda en ofrecerlo así con el triste blanco y negro de toda la vida, con la música de Gershwin (¡que quién iba a decir que podría ilustrar pasajes sin balles ni colores!), con el patetismo de un final que cierra un ciclo de relaciones interpersonales basadas en la inco-



"Manhattan", de Woody Allen.

paso más decisivo que Allen ha dado en la descripción de esta estúpida sociedad, vieja e insostenible, que estamos padeciendo. Y si no es el primer cineasta que aborda un planteamiento tan vasto como el suyo (porque la anécdota concreta de su película no es más que la síntesis de todas las anécdotas posibles), sí es uno de los pocos que han logrado encontrar el término expresivo más ajustado. La despiadada independencia con que Allen observa su entorno no le permite ya ni esa pequeña defensa personal que se otorgaba en películas an-

te y el fracaso. Lo asombroso del talento de Woody Allen es que esta impactante crónica se desliza a través del humor y uno todavía puede reírse de su desgracia, que es la nuestra. ■ DIEGO GALAN.

"La tortura"

En 1958, Henri Alleg, director del periódico "Alger Republicain", publicó un pequeño libro, "La question", escrito desde la cárcel, en el que narraba su experiencia como detenido por los